

¡Qué difícil es hacerse adulto!

STEFANO VITALE

Primero la educación ambiental, luego la ciudad, y ahora el informe sobre los jóvenes y el trabajo en Europa. Es la tercera etapa de reflexión y de la búsqueda de *"Europa, Educación y Ambiente"*.

Las cuestiones de las políticas ambientales, la calidad de vida en el ambiente urbano y la urgencia de la entrada de los jóvenes al mundo del trabajo guardan entre sí una relación muy estrecha.

El panorama no es demasiado estimulante: hay una triste correspondencia entre la arrogancia destructiva de las grandes potencias industriales del mundo occidental y los espacios cada vez más densos y violentos de las aglomeraciones urbanas, grandes o pequeñas. De igual modo, existe una inevitable relación entre la degradación de las periferias y la falta de perspectivas laborales para los jóvenes europeos. Mientras tanto, la escuela y, más en general, el sistema educativo permanece estratégicamente anclado en una postura de exasperante espera de un milagro ante un mercado ya saturado y sólo abierto al comercio de armas, drogas y artículos de consumo superfluos.

Quienes, como nosotros, trabajamos en el ámbito social, en la escuela, que estamos comprometidos en el frente de la sensibilización ambientalista no podíamos dejar de lado la cuestión de la relación entre los jóvenes y el trabajo.

Y como es lógico, nuestras preocupaciones se orientan y articulan en tres niveles. El primero es de carácter más específicamente educativo, conexo con los problemas relacionados con el "hacerse adultos" de los jóvenes adolescentes, que se ven obligados, paradójicamente, a permanecer inmovilizados durante mucho tiempo dentro de un sistema educativo que retrasa la auténtica y verdadera "iniciación a la vida adulta".

El segundo nivel de reflexión se refiere a la relación entre la formación y el trabajo. La relación de los jóvenes con la escuela ha cambiado: el tradicional valor de cambio atribuido a los títulos (para acceder a la producción) está siendo sustituido progresivamente por un "valor de uso" de la persona. Sea la desconfianza en la relación "automática" entre escuela y trabajo futuro, el desencanto pesimista o la creciente madurez para las "cosas importantes de la vida", el hecho es que este marco de referencia invierte también el significado del trabajo, al menos para quien puede permitírselo. Ya no se piensa en el trabajo como fuente primaria de realización personal, aunque sigue siendo la vía privilegiada para acceder a los derechos plenos de la sociedad. De ahí se deriva una contradicción, a menudo no resuelta, aunque superada gracias a la clásica cultura del "menos da una piedra".

Repetimos: en todo caso, sólo para quienes puedan permitírselo, porque las bolsas de marginación más o menos declaradas van aumentando de manera preocupante y quienes lo pagan son los más jóvenes; los años de reaganismo y de thatcherismo esquizofrénico han erosionado progresivamente, hasta su caída, las barreras fluctuantes de la "aurea mediocritas" de la también mediocre burguesía occidental.

El tercer nivel de razonamiento se refiere, en cambio, a lo específico de la experiencia concreta, del testimonio directo, bien de las nuevas formas de organización "productiva" y educativa, bien de la desesperada y creativa búsqueda de "nuevas profesiones" o, al menos, de "oficios alternativos" de corte social.

En esta tesitura, conviene también "hacer de la necesidad virtud" y reintroducir en los ciclos productivos actividades aparentemente absurdas en una sociedad dominada por el consumo: arreglar ropas viejas y revenderlas, reparar electrodomésticos en desuso, implicar a las personas en el mantenimiento del barrio, en la recuperación de edificios abandonados... Pero, paralelamente, también se pueden tratar de experimentar nuevas formas de autoorganización (e incluso de autogobierno), de trabajo (pensemos en las experiencias de cooperación, de las "Régies de Quartier" francesas), haciendo que participen en ellas sujetos marginados de diversas clases: jóvenes, parados, enfermos y antiguos enfermos psiquiátricos, incluso.

Todos estos argumentos abren nuevos interrogantes que, paradójicamente, no desaniman, sino que impulsan a establecer nuevas relaciones, a tratar de aclarar las cosas de forma cada vez más articulada: ¿en qué medida influye el desempleo en la situación de los jóvenes? ¿Qué elementos, comunes o no, caracterizan el mercado de trabajo en Europa? ¿Qué formas de identidad, qué perspectivas hay para los jóvenes que acaban encontrándose privados de los medios tradicionales de adquisición de una categoría social? ¿Qué relaciones existen entre las actitudes de los jóvenes, sus opciones políticas y las formas de trabajo dominantes? ¿Cuál debería ser el papel de la escuela con respecto al mundo del trabajo? ¿La búsqueda de

"nuevas profesiones", especialmente en lo "social", es un simple paliativo o plantea "contradicciones reales dentro del sistema"?

La historia marcha hacia adelante, pero no es en absoluto un "largo río tranquilo", sino un proceso constante en el que conviven estructuras e instrumentos proyectados hacia el futuro y residuos "no contemporáneos" que, como decía Ernst Bloch, se heredan y quedan a merced de fuerzas incontrolables, autoritarias, disfrazadas de nuevas y preparadas, entonces, para ilusionarnos con promesas bíblicas y para asustarnos con el síndrome paranoico "del complot".

"Donde mayor es el riesgo, mayor es la posibilidad de éxito", escribía Hölderling.

Quizás también nosotros, los jóvenes, las asociaciones de educación popular, los grupos ambientalistas estemos en la misma situación. Lástima que a nuestro alrededor falte la poesía.

Traducido del original italiano por Pablo Manzano Bernárdez